
¿Es posible realizar la teoría deliberativa en la vida política? El proyecto de James Fishkin¹

Pedro Jesús Pérez Zafrilla

Una de las principales carencias que padece la democracia deliberativa es, sin duda, su alejamiento de la política cotidiana. Esta teoría de la democracia parece poco realista debido a sus fuertes exigencias tanto procedimentales (la introducción de la deliberación pública en el proceso político), como también éticas, al implicar un modelo de ciudadanía comprometida con el bien público.

James Fishkin ha tratado de salvar esa separación entre teoría normativa y práctica política mediante sus conocidas encuestas deliberativas. En este trabajo llevo a cabo un análisis de esta propuesta. Abordo sus elementos característicos, sus implicaciones normativas y sus carencias. Finalmente esbozo algunas consideraciones que pueden servir para mejorar este modelo de democracia participativa.

Palabras clave: democracia, deliberación, encuestas deliberativas, participación, confianza, política.

INTRODUCCIÓN

Desde los años setenta se ha venido produciendo una lenta pero progresiva transformación en el comportamiento político de la ciudadanía en las democracias occidentales. Por un lado, se ha constatado un acusado descenso de la participación política. Por otro, se ha detectado un aumento de actitudes como la apatía y la desconfianza hacia los partidos y los

1. Este estudio se inserta en el Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico FFI2010-21639-C02-01, “Ética del discurso, política democrática y neuroética” financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y con Fondos FEDER de la Unión Europea.

políticos. Los índices de participación electoral y las encuestas realizadas al respecto son buena muestra de este rechazo (Nye, Zelikow y King, 1997: 1). Ambos elementos serán ya interpretados desde el primer momento como un síntoma de una cierta crisis de confianza de la ciudadanía hacia las instituciones democráticas².

Como respuesta a esta situación de desconfianza surgió a comienzos de los años ochenta la conocida democracia deliberativa. Desde esta teoría política se defiende la necesidad de reforzar el papel de la ciudadanía en los procesos de toma de decisiones, ya sea de modo directo en el nivel institucional (e.g. Barber) o a través de la sociedad civil (e.g. Habermas), siendo la deliberación pública el instrumento esencial que articula los diversos proyectos. La premisa básica de esta teoría política es que solo implicando de nuevo a los ciudadanos en la política mediante procesos deliberativos se podrá restablecer su confianza en la misma. Mediante la deliberación los ciudadanos se tornarán más empáticos, razonables y comprometidos con el bien común, frente a un sistema liberal de corte agregacionista asentado sobre el voto secreto, que solo fomenta el autointerés y la apatía (Bohman, 1998: 411).

Sin embargo, bien es cierto que los proyectos de democracia deliberativa en su mayor parte han tendido a permanecer recluidos en el ámbito académico sin que haya sido posible su traslado al terreno práctico de la política cotidiana. Esta aparente separación entre el nivel teórico y el práctico puede ser achacada o bien a la complejidad teórica o alto nivel de abstracción de las propuestas carente de cualquier criterio de aplicación, como sería el caso de la teoría rawlsiana, o a que cuando existen propuestas prácticas, como la democracia fuerte de Barber (2004), resultan a corto plazo irrealizables. Esta circunstancia ha sido aprovechada por algunos para poner en duda que la deliberación pública posea los efectos positivos sobre los participantes en el debate señalados por los defensores de esta teoría de la democracia para revitalizar el proceso político. Lejos de fomentar el acuerdo, la deliberación conduciría a la polarización de las diferentes perspectivas en el debate (Sunstein, 2002).

No obstante, sería erróneo mantener la tesis de que la democracia deliberativa representa una teoría política desconectada por completo de la realidad social. Existe un autor, el politólogo americano James Fishkin, que ha sabido romper esa disonancia entre teoría y aplicación práctica, que tanto ha mermado las potencialidades de la política deliberativa durante sus primeras décadas de existencia. Lo ha conseguido gracias a la puesta en práctica de una iniciativa innovadora conocida como las encuestas deliberativas (*deliberative poll*), que ha logrado hacerse un hueco en la vida política estadounidense y se encuentra además en expansión en otros países del mundo. Con este proyecto Fishkin ha sabido conjugar de manera inteligente los principios que rigen la democracia deliberativa con unas prácticas concretas de participación activa de los ciudadanos en la vida política. De esta

2. No hemos de olvidar que Huntington, en el Informe a la Comisión trilateral de 1975 advertía de la existencia de una "crisis de la democracia" caracterizada por una desconfianza de los ciudadanos respecto de las instituciones tradicionales y, sobre todo, respecto de la clase política.

forma, Fishkin ha sido capaz de poner en práctica el objetivo central de esta teoría política: reconciliar a la ciudadanía con la vida política, reforzando su interés y compromiso con la misma. En este trabajo pretendemos analizar en detalle esta propuesta, atendiendo a sus elementos característicos y apuntando sus virtualidades y defectos. Ello nos permitirá señalar en qué medida las encuestas deliberativas pueden erigirse en un proyecto real de reforma democrática.

LA PARADOJA DE LAS DEMOCRACIAS ACTUALES

Fishkin, al igual que otros politólogos dentro de esta teoría política como Benjamin Barber, elabora su propuesta motivado por la inquietud que producen en él los índices tan bajos de participación electoral en los sistemas democráticos actuales. Según él, este es un fenómeno en principio extraño, dado que, a lo largo de la historia, la democracia se ha ido abriendo cada vez a un mayor número de personas. Ciertamente, durante un largo periodo de tiempo solo tuvieron derecho a la participación política los varones libres, quedando fuera las mujeres, los esclavos o los extranjeros, como sucedía en Grecia. De un modo similar, ya en la modernidad, nos encontramos con que en las primeras formas democráticas de gobierno, como los *town meetings* americanos del siglo XVIII, solo tenían derecho al voto los varones propietarios. A pesar de ello, a lo largo de los últimos tiempos la categoría de ciudadano se ha ido ampliando para dar cabida a más colectivos: todos los varones, las mujeres, los negros... Así también, el nivel cultural de los ciudadanos ha crecido enormemente a lo largo del siglo XX, y es conocido que las personas cultas suelen estar siempre más interesadas en la política que las incultas.

Sin embargo, es un hecho constatado que cien años atrás la participación política en países como los Estados Unidos llegaba al 90 por ciento, mientras que en la actualidad apenas supera el 50 por ciento (Fishkin, 1997: 97). Esta es una muestra palpable de que la apertura del sistema político a una participación masiva ha ido acompañada, por el contrario, de un imparable aumento de la apatía y del desinterés de los ciudadanos hacia la política. Por decirlo en las propias palabras de Fishkin, “el sistema moderno ha facilitado la participación, pero a la vez ha fracasado en hacerla atractiva a los ciudadanos” (1997: 100).

Las causas que explican este curioso fenómeno habría que buscarlas en el modo cómo se articula la participación política en los grandes Estados-nación. Un ciudadano para formarse un juicio correcto sobre los distintos asuntos públicos necesita dedicar gran parte de su tiempo a estar informado de política, preguntando a los políticos en las asambleas locales, leyendo diarios sobre la campaña y discutiendo los diversos planteamientos de los partidos con amigos y familiares. Sin embargo, como ya apuntaron los defensores de la teoría elitista de la democracia, este ciudadano no se encuentra entre nosotros debido a dos cuestiones fundamentales. Una de ellas es la falta de tiempo. Los individuos viven hoy demasiado ocupados con su trabajo y con el disfrute de su vida familiar y personal, de

tal forma que no encuentran tiempo para estar bien informados sobre los diversos asuntos para tomar decisiones adecuadas (Berelson, 1954: 307).

A esta falta de tiempo hemos de añadir como segundo elemento el hecho de que en las sociedades de masas el valor del voto de cada ciudadano es próximo a cero. Esto hace que los ciudadanos no se preocupen demasiado en estar adecuadamente informados sobre las cuestiones políticas. No tiene sentido malgastar el tiempo en leer periódicos, consultar los programas electorales de los partidos o en hablar con los diversos grupos de interés para poder sopesar razonadamente la mejor alternativa si finalmente nuestro voto no va a ser nunca decisivo en las elecciones. Al final del proceso nuestro voto no contará prácticamente nada, de ahí que no resulte útil votar ni estar informado sobre las cuestiones políticas. Dicho de otro modo, lo racional en las sociedades de masas es mantenerse alejado de la vida política, siendo esta la idea que recoge el concepto de la “ignorancia racional” empleado en el ámbito de la teoría política (Downs, 1973). El proyecto que tendrá por delante Fishkin con su propuesta de las encuestas deliberativas será hacer frente a esta lógica que embarga el comportamiento político de una gran parte del electorado y que le hace abnegar de sus deberes de ciudadanía.

Pero más allá de estos elementos avanzados por la teoría elitista, Fishkin señala otro factor como causa de la crisis del sistema liberal y que será la tesis que en buena medida articule el conjunto de su obra. Según Fishkin, el sistema político actual responde a una paradoja, consistente en el intento de trasladar las categorías democráticas atenienses al contexto de los grandes Estados-nación que componen el mapa político del Occidente moderno. Como es bien sabido, en la democracia ateniense el ciudadano contaba con la capacidad de tomar las decisiones políticas de una forma directa en el ágora. No obstante, en la modernidad la creación de los grandes Estados-nación hizo ver que en ellos la democracia (directa) era impracticable. Los principales pensadores políticos, como Rousseau (2003: 88) o Montesquieu (1985: 120), eran coincidentes en afirmar que un elemento necesario de la democracia era una población no muy numerosa, de tal forma que se puedan conocer entre sí todos los ciudadanos, como ya lo defendiera siglos atrás Aristóteles (2000: 185-186). El objetivo de ese requisito era, lógicamente, mantener el principio del autogobierno ciudadano, que caracteriza propiamente a ese sistema político. Pero es evidente que en una sociedad a gran escala no puede garantizarse la participación directa de todos los ciudadanos en la gestión de los asuntos públicos, por lo que en ella será necesario recurrir a representantes.

Sin embargo, la tesis que apunta Fishkin es que las democracias modernas, aunque han tenido que renunciar a la participación directa, por inviable, y abrazar un modelo de gobierno representativo, continúan rigiéndose por una lógica participacionista. Es decir, aunque se acepta que la toma de decisiones políticas cotidianas debe quedar relegada a un conjunto de representantes, ya que los ciudadanos no pueden ocuparse continuamente de los asuntos públicos por los motivos que acabamos de señalar, no obstante, se acepta que los ciudadanos tengan un poder de decisión directa sobre algunos asuntos políticos, que son precisamente los más importantes. En la actualidad existe la creencia de que las

decisiones que toma el pueblo por sí mismo son “más democráticas”, o cuentan con un valor epistémico mayor, que las que adoptan por vía parlamentaria los representantes (Fishkin, 1997: 40). Esto es lo que explica el recurso a los referenda y a las elecciones primarias.

Es más, el paradigma griego, que apostaba por una acción directa de los ciudadanos sobre los asuntos públicos, en lugar de extinguirse, ha perdurado en la mentalidad política moderna hasta constituir una ideología, el populismo. Tanta fuerza ha adquirido la voz del pueblo, que incluso usualmente se cree que cuando un político toma decisiones en contra de los sondeos de opinión, se piensa que actúa de una forma no del todo legítima. Los políticos se dejan influir en gran medida por los sondeos y los medios de comunicación, ya que de la imagen que transmitan de ellos los medios dependerá la opinión que tengan de ellos los ciudadanos. Así también, la legitimidad política no descansa tanto en el juicio de los representantes públicos, sino en la voz de las mayorías de ciudadanos.

No obstante, según Fishkin, el problema al que se enfrenta esta apertura del sistema representativo a la participación directa de los ciudadanos es que no se ha hecho siguiendo el modelo ateniense, sino precisamente olvidando uno de sus elementos fundamentales: la deliberación. Cuando los atenienses participaban en el ágora lo hacían mediante argumentos, dando justificaciones públicas de sus posicionamientos. Frente a ello, cuando en la actualidad los ciudadanos participan en referenda lo hacen a partir de sus preferencias individuales y sin un contraste entre opiniones. Es decir, en los referenda los ciudadanos votan de una forma secreta, de acuerdo a sus intereses personales y sin preocuparse por el bien común, ya que no están forzados a dar razones públicas de su voto ni tienen la oportunidad de escuchar las necesidades y problemas del resto de ciudadanos. Esto es para Fishkin lo que invalida estas nuevas formas de pretender la inclusión en el proceso político, ya que restan a este su fuente principal de valor epistémico, la existencia de un debate público previo al proceso de toma de decisiones.

Además, otro factor al que se enfrenta el enfoque participacionista moderno es que la voz del pueblo puede ser fácilmente manipulada por demagogos, como ocurre en los regímenes populistas. Incluso ese proceso podría ser conducido a la violación de los derechos de ciertos colectivos. Por ello, Fishkin entiende que debemos dudar del valor epistémico que pueda tener una decisión tomada por una masa irreflexiva (Fishkin, 1997: 46). Esto es, el deseo de dar una mayor voz a los ciudadanos en el proceso político ha provocado, por un lado, que dicha opinión tenga un menor valor epistémico que la que puedan tomar los políticos, ante la inexistencia de un debate previo, y, por otro, que la influencia real que tienen los ciudadanos en la vida política es prácticamente nula, debido a que el valor de los votos en las sociedades de masas es cercano a cero.

Por lo tanto, el sistema liberal moderno, queriendo integrar en su seno las categorías clásicas griegas de la ciudadanía y la participación, ha fracasado en su intento de reforzar el papel del ciudadano y lo único que ha conseguido es debilitar aún más a los ciudadanos en la vida política frente a un sistema gubernativo omnímodo y, consiguientemente, ello ha provocado el alejamiento de aquellos respecto del sistema político (Fishkin, 2009: 47).

Ha sido precisamente el olvidar elementos como la deliberación o las relaciones cara a cara, lo que resta valor a este intento de lograr una mayor inclusión en el proceso político y lo que ha conducido a la actual crisis de confianza y de participación ciudadana. De este modo, para Fishkin el modo como puede hacerse frente a la crisis de la democracia y devolver a los ciudadanos la confianza y el compromiso con el proceso político pasará por recuperar esos aspectos que la democracia moderna ha olvidado: las relaciones cara a cara y la deliberación, ya que ellos dotarán de un mayor valor epistémico al proceso democrático. Con esa intención es con la que articulará su propuesta de las encuestas deliberativas, que analizamos a continuación.

PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA DEMOCRACIA

Según Fishkin existen tres principios que deben darse en el proceso político para que este pueda considerarse plenamente democrático: la igualdad política, la no tiranía y la deliberación. La carencia de alguno de ellos será una muestra de la debilidad del sistema. Analicemos uno a uno esos elementos.

El primer valor que cita Fishkin, y que considero el más importante dentro de su teoría, es el de la igualdad política. Fishkin elabora su concepción de la igualdad política por oposición al modelo liberal. La teoría liberal, desde sus comienzos optó por una igualdad formal según la cual los ciudadanos tienen un mismo poder político con independencia de sus condiciones personales como el estatus social, poder económico o nivel de inteligencia (Mansbridge, 1983: 296). Se trata de una igualdad *cuantitativa*, en el sentido de que todos los ciudadanos tienen asignado un voto que vale por igual.

Sin embargo, Fishkin, al igual que el resto de autores de la democracia deliberativa, entiende que esta concepción de la igualdad política es errónea, y en su lugar defiende otra de carácter *cualitativo* (Richardson, 2002: 85; Bohman, 1996: 122). Tener un voto igual no garantiza una influencia igual en el proceso de toma de decisiones. El voto de todas las personas puede valer lo mismo, pero es evidente que no todas las personas influyen por igual. La influencia política va más allá del simple voto; se muestra también en la posibilidad de poder convencer a otros de que voten según nuestro interés (Knight y Johnson, 1997: 280; Bohman, 1996: 125; Bohman, 1997: 333; Christiano, 1997: 25). Esto se traduce para Fishkin en la exigencia de una igualdad de oportunidades en el acceso a los medios de comunicación, así como en la promoción efectiva de medidas que eviten que ciertos grupos puedan ocupar el poder político y utilizarlo en su propio beneficio, como sucede con el clientelismo político (Fishkin, 1997: 56).

El segundo principio que debe regir la convivencia democrática es la no tiranía (Fishkin, 2009: 42). Según Fishkin, un régimen democrático debe impedir la ejecución de normas o decisiones tiránicas. Una política tiránica será aquella que impone privaciones severas a un grupo de la sociedad cuando hay políticas alternativas que no requerirían dichas privaciones. Esas privaciones severas pasarían, por ejemplo, por la violación de los

derechos y libertades fundamentales (Fishkin, 1997: 64). Cuando Fishkin apela al valor de la no tiranía se refiere fundamentalmente a la tiranía de la mayoría. La mera suma de votos no es por sí misma criterio suficiente para la legitimidad de una decisión tomada. Esto es, una mayoría no tiene el campo abierto para llevar a cabo todo tipo de políticas que considere adecuadas, y menos aún si estas pasan por encima de los derechos de una minoría.

Pero también este principio esconde el rechazo a la participación directa de los ciudadanos en el proceso político. Como los federalistas americanos, defenderá el recurso a la deliberación como una forma de tomar decisiones más sabias y razonadas que la participación directa del conjunto de la ciudadanía. Mediante el recurso a la deliberación se evitará que las decisiones se sometieran a los sentimientos y las pasiones irracionales que guían habitualmente a las masas. El pueblo encolerizado puede tomar fácilmente decisiones que violen los derechos de ciertas minorías guiados por los intereses de determinados grupos (Fishkin, 1995: 50).

La deliberación representa el tercer y último principio que debe regir todo proceso democrático. La deliberación permitirá a sus participantes interactuar, conocerse y abordar reflexivamente los asuntos a debate. Ahora bien, entiende Fishkin que el proceso deliberativo debe ser cara a cara; es decir, mantenido entre todos los miembros de la comunidad (Fishkin, 1995: 20). Esto implica que el tamaño del grupo debe ser reducido. Es notorio de por sí que miles de personas no pueden reunirse en una plaza pública para deliberar y tomar decisiones pues un excesivo número de participantes imposibilita que pueda deliberarse en condiciones adecuadas. Si hay demasiadas personas, o bien no se puede escuchar a todos, y entonces aquellos que no intervengan perderían su igualdad política, o bien si intervienen todos, lo deberían hacer por un tiempo ridículo y el proceso se alargaría eternamente, lo que haría imposible tomar decisiones de una manera efectiva. Se hace por tanto necesario que la deliberación tenga lugar entre un número reducido de personas para que así pueda tener un valor epistémico.

No obstante, esta exigencia de que la deliberación para ser efectiva requiere de una participación reducida plantea un problema a las sociedades actuales de masas de ciudadanos que reclaman igualdad política. Si la democracia requiere de la deliberación como uno de sus elementos esenciales pero quienes participen en el debate solo pueden ser unos pocos, ¿cómo puede mantenerse la igualdad política de todos los ciudadanos? Es obvio que quienes no participen quedarán excluidos del proceso político y por tanto, perderán su igualdad política, ya que sus voces no serán escuchadas. De este modo, todo parece apuntar a que en el proyecto de Fishkin deliberación e igualdad política quedan contrapuestas, con lo que su planteamiento lleva a la contradicción interna. La solución para este autor será el método ideado por él de las encuestas deliberativas, que paso a abordar a continuación.

FUNCIONAMIENTO DE LAS ENCUESTAS DELIBERATIVAS

Fishkin entiende que en las últimas décadas los ciudadanos se han distanciado de la vida política porque sienten que su participación no tiene ninguna influencia real en la toma

de decisiones. Por ello, para que los ciudadanos puedan volver a confiar y acercarse a la vida política, la solución debe pasar por crear unos ámbitos participativos que permitan sentir a la ciudadanía que su voz es escuchada desde las instituciones políticas y que su participación puede tener un papel decisivo en la vida política (Fishkin, 2004: 31). Y con esta intención realizará su propuesta de las encuestas deliberativas. No obstante, hemos de señalar que las encuestas deliberativas no pretenden suplantar los sistemas representativos actuales (Fishkin, 1997: 15). Más bien representan un instrumento para empoderar la opinión pública y que pueda tener una mayor influencia en la esfera política, consiguiendo además que se mantengan los tres principios que según él caracterizan a la democracia. No pretende, por tanto Fishkin, defender una participación directa de los ciudadanos en la gestión de los asuntos públicos, sino conseguir una mayor información e implicación de aquellos en la vida pública a través de un mecanismo de deliberación cara a cara, que paso a desgranar seguidamente (Fishkin, 1988).

La encuesta deliberativa consiste en un debate televisado entre ciudadanos elegidos al azar, y en el que participan también expertos y representantes políticos, en torno a unos determinados temas elegidos por los organizadores del evento, que suelen ser, por lo general, entidades con un interés significativo en el tema en cuestión, como, por ejemplo, gobiernos locales o regionales, ONGs u otros grupos de la sociedad civil³. La encuesta deliberativa se desarrolla de la siguiente manera:

En primer lugar, James Fishkin y su equipo de colaboradores, junto a los organizadores, deciden el tema sobre el que va a girar el debate. Se tendrá siempre la precaución de elegir un asunto que de una manera u otra pueda resultar atractivo a los ciudadanos, en el sentido de que puedan verse afectados por él, ya que solo de este modo habrá posibilidades efectivas de que muestren interés por el evento y acuda un número representativo de ciudadanos. Una vez elegido el tema, se encarga la edición de unos materiales informativos sobre el mismo que sean lo más objetivos posible. En ellos se describen las alternativas más razonables y creíbles que hay sobre la mesa para abordar el problema, señalando los pros y contras de cada una de ellas. El objetivo fundamental de estos materiales es aumentar el conocimiento de los ciudadanos sobre el tema que se va a tratar y de las alternativas posibles para solucionarlo (Fishkin, 1995: 165).

Mientras se editan los materiales, tiene lugar la selección de un grupo bastante representativo del conjunto de la muestra, que para Fishkin será el país entero. Para ello se encarga a una prestigiosa empresa de sondeos realizar una encuesta cara a cara a varios centenares de personas de todo el país, elegidas al azar sobre el tema que será abordado en el debate. Al término de la misma se le realiza una invitación formal a participar en el evento. El número de participantes en una encuesta deliberativa según Fishkin debe rondar las 350 personas, por lo que el número de entrevistas que se realizan supera las 700, teniendo en cuenta que muchas personas rechazarán participar por motivos diversos, ya

3. El prestigio con que cuente la entidad organizadora dotará también de un mayor interés y legitimidad al evento ante la ciudadanía.

sea la necesidad de viajar a una ciudad lejana o las ocupaciones familiares. Aquellos que tras acceder a participar resultan elegidos para el evento reciben los materiales una vez son editados para que puedan ampliar sus conocimientos sobre el tema en cuestión.

Aunque la agenda de cada evento es diferente, el esquema general que se sigue en las diferentes celebraciones del experimento es este: las encuestas deliberativas suelen extenderse a lo largo de un día o dos. Se eligen siempre fines de semana, ya que es el momento en que un mayor número de ciudadanos tiene más posibilidades de asistir por motivos de trabajo. El viaje a la ciudad de celebración, así como las dietas y honorarios son pagados a los asistentes por los organizadores. Los honorarios rondan entre los 100 y 150 dólares por día. También suelen celebrarse una comida colectiva y unos momentos de esparcimiento en los que los ciudadanos pueden relacionarse y conocerse más entre ellos.

El evento comienza con el registro de los participantes para comprobar con ello su asistencia y que traen consigo los materiales que les fueron proporcionados. A cada uno se le informa también del grupo pequeño en que será incluido para las primeras sesiones del proceso. Tras el proceso de registro tiene lugar una sesión plenaria en la que los organizadores explican a los asistentes el desarrollo del evento. A continuación, los participantes ocupan sus lugares en los respectivos grupos pequeños de entre 12 y 15 en torno a una mesa (Fishkin, 2004: 29)⁴. Esos grupos, ayudados por un moderador, discuten los aspectos fundamentales sobre el tema de debate a la luz de las alternativas presentadas en los materiales. Los ciudadanos evalúan las consecuencias que se seguirían de cada una de las vías de solución del problema y plantean las dudas que tienen al respecto. De entre todas las dudas planteadas, cada mesa decide de común acuerdo cuáles serán presentadas a los políticos y expertos con los que entrarán en contacto en las sesiones plenarias que se celebrarán a continuación. El objetivo de estas sesiones en grupos pequeños es que los ciudadanos adquieran un mejor conocimiento sobre el asunto a debate y que reflexionen sobre las distintas alternativas, que expongan sus propios valores y que aprendan también a ejercitarse en procesos deliberativos cara a cara.

Finalizadas las deliberaciones en las mesas, los participantes se reúnen de nuevo en la sesión plenaria. En ella están presentes los expertos sobre el tema a debate, que representan a las diversas posturas que hay sobre el asunto, de tal forma que todos los puntos de vista puedan verse representados (Schweigert, 2010: 21). También participan políticos de los dos grandes partidos. Allí los ciudadanos tienen la oportunidad de presentar sus dudas sobre los materiales y las que hayan surgido en los debates. Los expertos responden a dichas cuestiones basándose en hechos objetivos y no en sus opiniones personales⁵. Esta sesión está también dirigida por un moderador, que evalúa la adecuación de las preguntas y respuestas realizadas. El moderador, así como los que hay en cada una de las mesas,

4. El reducido tamaño de estos grupos es muy importante ya que, según Fishkin, solo de este modo puede llevarse a cabo una deliberación fructífera, como se deduce de lo afirmado en las secciones precedentes.

5. Es importante señalar que los expertos no realizan presentaciones previas a los debates entre los ciudadanos, ya que ello podría condicionar el debate entre estos. Solo son un recurso que los ciudadanos tienen presente para resolver sus dudas.

deben mantenerse siempre imparciales y no mostrar su visión sobre el asunto. Después de esta sesión, los participantes vuelven a reunirse en otra sesión en grupos pequeños para evaluar de nuevo el asunto a la luz de las respuestas dadas por los expertos. Esta mecánica de sesión de grupos/sesión plenaria se repite a lo largo del fin de semana. Al término del proceso, cada mesa elabora unas conclusiones que expone un portavoz durante un tiempo de cinco minutos en una última sesión plenaria delante de los políticos y expertos.

Al final del acto, se distribuye entre los participantes el mismo cuestionario que se les entregó al contactar con ellos para la entrevista previa al acto. El objetivo es analizar en qué medida los asistentes han incrementado su conocimiento sobre el tema y, sobre todo, si se ha producido una variación en la forma de pensar de un grupo significativo de participantes a lo largo del evento, atendiendo también a cómo se distribuyen esos cambios estadísticamente, por sexo, edad, nivel de educación... Estos cuestionarios son anónimos. Este análisis es llevado a cabo por la empresa demoscópica colaboradora con el evento. Sobre la base de estos análisis se realiza un informe final que es distribuido posteriormente entre los participantes, políticos y patrocinadores. Son también enviados a la prensa para su difusión entre la opinión pública.

Concluido el evento, los asistentes tienen la oportunidad de dirigirse a los líderes políticos y presentarles los resultados de la deliberación. De esta manera se consigue el principal objetivo propuesto por Fishkin, que las personas tengan una oportunidad de influir con sus deliberaciones en los políticos. Fishkin y el resto de organizadores del evento solicitan a los políticos que asistan al acto y presten una especial atención a los comentarios y puntos de vista de los ciudadanos. Estos comentarios pueden ser un recurso importante para una mejor toma de decisiones políticas, más adecuadas a las necesidades reales de los ciudadanos, por lo que se les recomienda que tengan una actitud receptiva hacia las consideraciones emitidas por los ciudadanos.

CLAVES DE LAS ENCUESTAS DELIBERATIVAS

Ahora bien, ¿por qué Fishkin propone las encuestas deliberativas?, ¿cuál es su propósito?, ¿cómo pueden realizar los tres principios de la democracia analizados antes? Es obvio que las encuestas deliberativas reproducen un escenario irreal. Por un lado, las personas habitualmente no deliberan entre sí sobre los asuntos públicos y mucho menos en las condiciones de conocimiento sobre los mismos que presenta Fishkin (Carpini y Ketter, 1996: 37). Del mismo modo, si lo que Fishkin pretende es conocer la opinión de la ciudadanía sobre los distintos temas, en principio bastaría con realizar una encuesta convencional.

Fishkin es consciente de estos hechos, los cuales no representan ningún obstáculo a su propuesta (Fishkin, Luskin y Jowel, 2000: 657). Justamente su objetivo es contribuir a superar esa situación de apatía y promover un mayor conocimiento y una mayor implicación política de los ciudadanos. Con las encuestas deliberativas no pretende analizar qué piensan las personas en un momento dado sobre un tema concreto, sino qué puede llegar

a pensar un grupo de ciudadanos bajo unas condiciones especiales que logran reproducir los principios de la democracia, y por extensión qué pensaría el conjunto de la sociedad si, en un momento hipotético, todos los votantes tuvieran las mismas oportunidades que los participantes en la encuesta deliberativa. En este sentido, el objetivo de la encuesta deliberativa es prescriptivo, no descriptivo (Fishkin, 1997: 16). Sus resultados son la voz del pueblo bajo unas condiciones especiales, donde la gente ha tenido la oportunidad de pensar acerca de los asuntos públicos. Las encuestas deliberativas son un intento de construir una opinión pública más informada y comprometida en la política.

La propuesta de Fishkin surgió precisamente por contraposición a las encuestas convencionales, puestas en marcha por George Horace Gallup en 1936. Gallup ideó un sistema por el cual pretendía predecir el resultado electoral de las presidenciales de 1936 en las que competían Roosevelt y Alf Landon. De acuerdo a ese sistema demoscópico, consistente en la entrevista a varios miles de personas elegidas al azar, Gallup predijo la victoria de Roosevelt. Frente a este modelo, un semanario, el *Literary Digest*, intentó también predecir el resultado electoral. Lo hizo pidiendo a sus lectores que enviaran a la redacción unas tarjetas con el nombre del candidato al que pensaban votar. A la luz de los millones de tarjetas recibidas, el *Literary Digest* predijo una victoria de Alf Landon y ridiculizó el proyecto de Gallup, diciendo que su muestra, los lectores que enviaban las tarjetas, sería mucho más eficaz de que los sondeos realizados al azar por Gallup a unos cuantos miles de personas. No creían que una muestra tan reducida, en comparación con la suya, pudiera ser capaz de predecir nada. Por el contrario, Gallup pensaba que una muestra de varios miles de personas elegidas al azar arroja resultados más fiables que una muestra de millones de sujetos autoseleccionados (los que mandan las tarjetas voluntariamente). Esto era precisamente lo que la gente aún no entendía. Finalmente, ganó Roosevelt y Gallup adquirió una fama a nivel nacional.

Pero el proyecto de Gallup iba más allá. Entroncando en la tradición política americana, Gallup mantenía que su método de encuestas, gracias al empleo de las nuevas tecnologías, sería capaz de trasladar el sistema deliberativo cara a cara propio de los *town meetings*, a nivel nacional dentro de nuestras sociedades de masas actuales (Fishkin, 1995: 80). El modo de hacerlo sería mediante el recurso a los medios de comunicación. Así, mientras en Nueva Inglaterra el *town meeting* permitía a todos los ciudadanos reunirse para deliberar, en las sociedades actuales son los media los que permiten a los ciudadanos estar informados de las posiciones de los distintos partidos y grupos sociales sobre los temas que hay en la agenda política. Para conocer la opinión de toda la sociedad bastaría con hacer una encuesta como las realizadas antes de las elecciones; no sería, por tanto, necesario reunir a toda la sociedad en una habitación. De este modo, el foro de debate lo conducirían los medios de comunicación como la radio y los periódicos y el resultado de la votación se podría aventurar mediante sondeos. Es así el *town meeting* podía ser reconstruido en las sociedades de masas.

Sin embargo, Fishkin se muestra crítico con este planteamiento, por dos motivos fundamentales. El primero se deriva de la ignorancia racional. El moderno *town meeting* propuesto por Gallup resulta ser demasiado grande. Un *town meeting* de millones de participantes

consigue que sus miembros pierdan todo interés por participar en él, pues su voto tiene un valor ínfimo. No les resulta rentable estar informados sobre los asuntos ni, por tanto, su voto se guía por una reflexión sosegada por el interés general, sino por el interés particular (Fishkin, 1995: 80).

En segundo lugar, Fishkin resta validez epistémica a las respuestas ofrecidas en los sondeos de opinión sobre la base de que no son lo suficientemente reflexivas, sino que, por el contrario, son espontáneas (Fishkin, Luskin y Jowel, 2000: 658). Si hemos dicho que los ciudadanos habitualmente no se interesan sobre los asuntos públicos, es lógico que al preguntarles, sus respuestas no se deriven de una evaluación atenta del asunto, ya que jamás antes se han preocupado por hacerla. Dicho de otro modo, los ciudadanos no tienen unas opiniones fundadas sobre los asuntos públicos, por lo que resulta aconsejable dudar de los resultados que arrojan las encuestas. Esta tesis se basa en los estudios sociológicos desarrollados por Philip Converse, de la Universidad de Michigan, entre 1956 y 1960. En ellos concluía que ante una encuesta, el entrevistado es difícil que admita su desconocimiento sobre el tema planteado, por lo que siempre se decidirá por una de las alternativas que se le ofrezcan (Fishkin, 2004: 29). Pero de este modo, lo que el sondeo está arrojando son en realidad lo que Converse denomina “no-opiniones”, que según sus estudios, podían llegar al 80 por ciento de las respuestas ofrecidas. A veces, los sujetos fingen tener una opinión fundada y eligen una alternativa de forma irreflexiva solo para facilitar el trabajo al entrevistador, o simplemente para acabar antes la entrevista (Converse, 1970: 171).

De este modo, si los ciudadanos de ordinario no reflexionan sobre los asuntos públicos y ello les hace distanciarse de la vida política, la solución debe pasar por crear unas condiciones que permitan a los ciudadanos tomar un posicionamiento más informado y activo en la vida pública, resolviéndose así la crisis de la ciudadanía, y la solución pasará, según Fishkin, por las encuestas deliberativas. Frente a las encuestas de Gallup, basadas en no-opiniones, esto es, juicios irreflexivos, que nos dan una visión distorsionada de la opinión pública en un momento dado, las encuestas deliberativas crean unas condiciones en las que un conjunto de ciudadanos pueden formarse unos juicios reflexivos sobre la realidad y además influir de una manera directa en la esfera política. Lo primero se consigue en primer lugar gracias a los materiales distribuidos antes del evento, que suministran una información objetiva sobre los temas a tratar. Pero esa mayor información se logra también gracias al proceso deliberativo cara a cara que se produce entre los participantes en las mesas. La deliberación es un mecanismo fundamental para el intercambio de información. A la luz de los planteamientos de otras personas y de la lectura de los materiales, los ciudadanos pueden lograr un conocimiento más adecuado de la realidad y, en consecuencia, formarse opiniones fundadas sobre los temas a debate. El proceso de debate permite a los ciudadanos también cambiar sus opiniones en la medida en que adquieren un conocimiento más objetivo del asunto y, en consecuencia, llegar a mejores conclusiones (Fishkin, 1997: 140)⁶.

6. Ahora bien, el hecho de deliberar no garantiza la corrección de las conclusiones. La encuesta deliberativa no es una panacea para todos los problemas políticos, como el mismo Fishkin reconoce (1997: 51).

Así, a través de las encuestas deliberativas se crea una comunidad culta, interactiva y deliberativa que ofrece un modelo hipotético de lo que podría ser un electorado con esas mismas características. De este modo, al estar más y mejor informado el conjunto de la ciudadanía, la encuesta deliberativa representa la imagen de una opinión pública ilustrada libre de la influencia de los media y los *lobbys*, como la piensan Madison y Tocqueville, y que resulta también mucho menos dócil que la sociedad de masas ante la demagogia de los políticos. Esto, según Fishkin, influiría también sobre la propaganda política, que tendría que dirigirse ya a un público mucho más competente (Fishkin, 2004: 32).

Esta mayor participación y esta relación directa con expertos y políticos hacen también que se incremente de un modo notable la eficacia política de los ciudadanos (Gronlund, Stala y Herne, 2010: 98-99). Es decir, los ciudadanos no solo se sienten más atraídos por los asuntos públicos, sino también que su participación tiene una influencia real. La disminución de la eficacia política es un aspecto fundamental que explica en buena medida el alejamiento de los ciudadanos de la política liberal. Por ello, es evidente que el mejor modo de incrementar la confianza de los ciudadanos en los políticos era que ambos grupos puedan establecer una relación más directa entre ambos. Solo si los políticos conocen más de cerca los problemas que afectan a los ciudadanos y si estos cuentan con la plataforma adecuada para hacer oír su voz ante sus representantes públicos, podrán recobrar su confianza en la clase política. Las encuestas deliberativas representan así un buen método para lograrlo.

No obstante, a esta concepción de las encuestas deliberativas subyace un problema previo: si la sociedad es indiferente a la política, ¿cómo podemos hacer despertar en los ciudadanos un interés en participar en las encuestas deliberativas? Es decir, ¿por qué los ciudadanos sacrificarían su tiempo para acudir a una encuesta deliberativa si hasta ahora se han mantenido reacios a participar en política? Fishkin aporta varias razones sobre cómo la encuesta deliberativa puede resultar atractiva a los ciudadanos frente a otras como los referenda. Por un lado, cita el factor económico. El hecho de que los participantes vayan a recibir unos honorarios puede ayudar a que se decidan a acercarse al evento, ya que no sentirían que están malgastando su tiempo. En segundo lugar, resulta relevante el hecho de que el evento se desarrolle a lo largo de un fin de semana, ya que representa un momento que no interfiere en la actividad laboral de la mayoría de la población (Fishkin, 1997: 25). Tercero, los medios de comunicación también podrían ser un aliado a la hora de incentivar el atractivo de este experimento sociológico, tanto para los participantes como para los potenciales telespectadores. Esto se podría lograr anunciando su celebración en las jornadas previas con una adecuada campaña de marketing. Por último, Fishkin afirma que los ciudadanos querrán participar *motu proprio* para lograr una visibilidad en el país (Fishkin, 2004: 54).

Sobre la organización del proceso hay un punto que Fishkin subraya de su propuesta: la representatividad de la muestra. Dado que los ciudadanos son elegidos al azar, y que el número de participantes es bastante alto, superando las trescientas personas, de este modo el conjunto de participantes representaría un “microcosmos” de la sociedad en su conjunto.

Habrán ciudadanos de ambos sexos, de diversas religiones, edad, ideología y clase social. En este hecho se funda también su fuerza normativa. Al ser un microcosmos de la sociedad, ello nos permitirá extrapolar los resultados de la deliberación para pensar que aquello que se decida en ella sería lo que el conjunto de la sociedad podría pensar si estuviera bien informada sobre los asuntos públicos y pudiera deliberar en condiciones adecuadas sobre los mismos (Fishkin, 1995: 44; 1997: 38; 2009: 86). Por ello, también la muestra de la encuesta deliberativa es representativa del conjunto de la sociedad.

Un último aspecto positivo que cabe señalar de las encuestas deliberativas es que fomentan la familiarización de los ciudadanos con la deliberación cara a cara. Este es un elemento fundamental de la democracia deliberativa que puede, gracias a este evento, realizarse de una manera efectiva en la esfera política. A través de las encuestas deliberativas, los ciudadanos pueden beneficiarse de los efectos positivos que tiene la deliberación no solo por lo que respecta a su competencia política, sino también para el fomento de la empatía entre los participantes. Al interactuar con otras personas, los ciudadanos pueden aprender a tener en cuenta los puntos de vista de otros, así como a vencer los prejuicios que puedan cegar sus propios planteamientos de cara a promover el bien común y no meramente los propios intereses egoístas. Con ello será posible que pueda empezar a pensarse la participación política de un modo diferente al actual y que pueda aceptarse la deliberación cara a cara como un elemento necesario en las relaciones políticas entre los sujetos.

Este tema que acabamos de señalar nos pone en relación con el modo en que las encuestas deliberativas pueden dar cuerpo a los tres principios de la democracia. Según Fishkin, las encuestas deliberativas tienen el privilegio de conseguir compatibilizar la igualdad política y la deliberación, y lo hacen en buena medida a imagen del sistema político ateniense, en el que en buena medida se inspira. Este experimento incorpora la igualdad política gracias al recurso al sorteo. Los participantes en la encuesta deliberativa son elegidos al azar entre todos los ciudadanos del país. El recurso al sorteo lo toma Fishkin de la asamblea ateniense. En ella no participaban realmente todos los ciudadanos, sino un conjunto de ellos elegidos al azar. Esto hacía que todos los ciudadanos tuviesen la misma oportunidad de ser elegidos para participar, lo cual establece de forma automática un principio de igualdad política tal y como fue definido por Fishkin (Fishkin, 1995: 41). Como todos tienen la misma probabilidad de ser elegidos, ello supone que todos tienen la misma probabilidad de que su voto sea decisivo en el proceso político, a diferencia de lo que sucede en las elecciones o los referenda dentro de la democracia actual. Los procesos electorales violan la igualdad política porque las desigualdades económicas influyen de una manera determinante en la participación de las personas (Fishkin, 1997: 155).

Según Fishkin, frente al sistema democrático actual, que arrumbó el elemento de la deliberación en favor del de la participación, las encuestas deliberativas han sido capaces de rescatar este elemento clave de la democracia, que permite además dotar al proceso democrático de un carácter deliberativo. El principio de la deliberación se cumple de hecho mediante el proceso deliberativo que tiene lugar en el evento, así como por lo que hace a la atención que los ciudadanos pueden poner en ese acto a través de los medios de

comunicación (Fishkin, 1997: 161). Pero el punto fundamental que permite realizar este elemento clave de la democracia es que la deliberación se da en un ambiente reducido. Como criticaba Fishkin al planteamiento de Gallup, la deliberación es inviable en un contexto demasiado amplio. Para debatir en condiciones de viabilidad se necesita cumplir una serie de condiciones que pasan por una limitación del tiempo y, sobre todo, del tamaño de la muestra. Solo puede tener efectos empáticos y generar interés el debate si las personas pueden hablar entre ellas cara a cara, conocerse e interactuar, de tal forma que puedan conocerse, escucharse unas a otras y poder exponer sus propios planteamientos en un tiempo razonable. Por ello la encuesta deliberativa recurre a los grupos pequeños formados por entre doce y quince personas, para que el debate pueda ser llevado a cabo de una manera efectiva.

El último elemento que cita Fishkin es el valor de la no tiranía. Este se realiza gracias al ambiente de respeto mutuo entre los participantes que se impera en la encuesta deliberativa. En ella todos los asistentes están motivados para pensar sobre los asuntos a debatir; las visiones de todos ellos cuentan igual y todos participan activamente en la deliberación. Esto se consigue gracias al elemento empático con que cuenta la deliberación y al que antes hicimos referencia (Fishkin, 1995: 173). De este modo, según Fishkin, nadie pretenderá defender ni imponer sobre los demás sus intereses particulares, a diferencia de lo que sucede en el sistema basado en el voto antagonista, donde son finalmente los factores externos a la política, como el poder económico, los que determinan el poder político de los ciudadanos y el instrumento fundamental para imponer los propios intereses sobre los de las minorías.

Justamente porque esta propuesta consigue dar cuerpo en el sistema político a los principios de la democracia es por lo que representa un modelo de democracia deliberativa. Estas son las mismas palabras de Fishkin al respecto:

“Por democracia deliberativa se entiende toda institución capaz de realizar al máximo nivel los dos valores complementarios de la igualdad política y la deliberación” (Fishkin, 2004: 34).

De esta manera la democracia deliberativa puede dejar de ser una simple teoría y encarnarse en la vida política a través de este experimento sociológico. Ciertamente, a pesar de un inicio fallido en Texas en enero de 1992, desde su inicio en Gran Bretaña en abril de 1994 la evolución de las encuestas deliberativas ha sido espectacular. En ese país realizó entre 1994 y 1996 hasta cinco encuestas deliberativas, todas ellas televisadas a nivel nacional y que contaron con un amplio seguimiento. Tras el éxito en el Reino Unido, Fishkin regresó con su equipo de la Universidad de Texas a los Estados Unidos, donde realizó múltiples encuestas tanto a nivel local como regional y nacional. Todas ellas recibieron un amplio apoyo tanto por parte de instituciones públicas como privadas, entre las que cabe destacar la *Kettering Foundation*, la *W. K. Kellogg Foundation* o *By the People*, organizaciones cívicas que también han promovido la participación activa y deliberativa

de la ciudadanía en la esfera pública estadounidense. Esta implicación es una muestra del interés con que la sociedad civil acoge las iniciativas dirigidas al fomento de la participación política de la ciudadanía⁷. Las encuestas deliberativas han dado también el salto a nivel mundial, llegando a cuatro de los cinco continentes, aunque su mayor implantación se encuentra en Australia y Europa. En definitiva, las encuestas deliberativas son un proyecto en expansión que refleja en gran medida cómo la democracia deliberativa trata también de implantarse en el plano político⁸.

CRÍTICAS

Para finalizar este análisis de las encuestas deliberativas, señalaremos algunas de las críticas que cabe hacer a este proyecto. Una primera objeción que cabe realizar a las encuestas deliberativas es a qué puede ser debido el cambio de opinión de los sujetos durante el debate. Fishkin subraya el hecho de que este evento produce un cambio significativo en las opiniones de los asistentes (Fishkin, 2004: 32). Según Fishkin, algunas personas comienzan a cambiar sus puntos de vista al leer los materiales, pero la gran mayoría lo hace a través de la deliberación. Esto se ha comprobado con experimentos, en los que una parte de las personas seleccionada solo leía los materiales y otra además deliberaba. Era una gran mayoría la que cambiaba su punto de vista en el grupo que deliberaba, mientras que eran menos los que cambiaban de parecer en el grupo que solo tenía acceso a los materiales (Fishkin, 2004: 68). Esto ha sido además constatado por la comparación de las distintas encuestas anteriores y posteriores a los diferentes eventos analizados a lo largo de este capítulo.

Sin embargo, frente a este planteamiento cabría preguntarse si tal vez ese cambio de opinión producido en el debate responde a la reflexión del individuo sobre el tema y la escucha de posiciones contrarias (como sugiere en conjunto la democracia deliberativa), sino más bien a diversos elementos externos que rodean el evento, como, por ejemplo, la presencia de medios de comunicación y líderes políticos, su conocimiento de que serán grabadas sus intervenciones o la presión de participar en un acto novedoso. De estos factores, el que creo más relevante es el de la presencia de los medios. Fishkin plantea el recurso a la TV como algo útil y provechoso, al permitir una mayor difusión y, en consecuencia, influencia del acto entre la opinión pública. Pero lo que Fishkin no entra a valorar son ciertos inconvenientes que podría arrojar la presencia de los medios. Uno sería ya desde el principio que tal vez las personas accedieran a participar en el evento precisamente por

7. La relación completa de eventos celebrados puede consultarse en la web del Center for Deliberative Democracy: <http://cdd.stanford.edu/>

8. En la actualidad Fishkin compatibiliza su proyecto de las encuestas deliberativas con otro de naturaleza similar y conocido como el "día de la deliberación". Este lo realiza junto a Bruce Ackerman y nos aparece descrito en su obra conjunta *Deliberation Day*. London: Yale University Press, 2004.

el placer de aparecer en TV y no tanto por un interés en potenciar su compromiso cívico⁹. Si esto sucediera así, tendríamos que concluir que el proyecto de las encuestas deliberativas está viciado desde un principio y que lo que Fishkin presenta como una celebración democrática es percibido por la ciudadanía poco más que como un *show* al que acuden por placer y no por compromiso cívico. A este respecto, el mismo Fishkin no se muestra muy acertado. Así, en uno de sus escritos señala que “en la encuesta deliberativa todos los ciudadanos quieren participar para tener visibilidad en el país” (Fishkin, 2004: 54). Como hemos dicho, ese interés por obtener visibilidad podría ser causado por el simple deseo de aparecer en televisión.

Una segunda consecuencia perniciosa que arrojarían los medios sobre el evento sería una posible perturbación del proceso deliberativo. Podría ser que las personas adoptaran unos posicionamientos más razonables y comprometidos no de una forma natural, por la sola influencia que el proceso deliberativo genera en ellos, sino porque saben que están siendo grabados y no quieren parecer egoístas de cara a las personas que puedan conocerles y estén siguiendo la retransmisión en directo. Cómo se comportarán los ciudadanos de una forma natural sin la presión de los medios ni de los políticos es una circunstancia que no podemos conocer, ya que estos son elementos constitutivos de las encuestas deliberativas tal y como fueron propuestas por Fishkin. Esta duda solo podría resolverse realizando otros eventos deliberativos sin la presencia de los medios.

Una segunda crítica es que dado que la participación es en ellas voluntaria, la muestra no podría ser representativa, ya que justamente los que acuden al evento son aquellos más interesados en la política, mientras que los más apáticos rechazarán asistir. En este sentido, la muestra sería representativa en todo caso de los ciudadanos comprometidos y no tanto del conjunto de la ciudadanía (Mannheimer, 2004: 110). Y lo mismo cabría decir de los resultados del evento. Estos tampoco serían representativos de lo que el conjunto de la sociedad decidiera en el caso de que tuviera la oportunidad de deliberar en condiciones de una amplia información sobre los temas públicos (Mannheimer, 2004: 111).

Si esto fuera así, la muestra seleccionada por la encuesta deliberativa no se diferenciaría tanto de aquella que adoptó el *Literary Digest* en 1936. En aquella ocasión, ese diario pedía a sus lectores que participaran *motu proprio* en una encuesta, de tal forma que la muestra era autoseleccionada. En el caso de Fishkin, la muestra no es estrictamente autoseleccionada, pero el hecho de que la participación sea voluntaria hace que las voces de los que rechazan acudir no serán escuchadas ni tampoco serán representadas (Leib, 2004). Este hecho arroja serias consecuencias sobre la representatividad de la muestra. Fishkin pretendía que esta fuera un microcosmos de la sociedad en su conjunto, ya que la elección de los participantes se sometía a ciertas variables como la raza, la orientación ideológica, el sexo, la procedencia geográfica... Sin embargo, es obvio que aquellos que rechazan

9. Esto mismo podría decirse del hecho de conocer a políticos famosos. Quizá sea también esto y no su interés por debatir sobre asuntos públicos lo que les anime a acudir a la encuesta deliberativa.

participar representan un punto de vista que de una forma lógica no se encuentra incluido en la muestra.

No obstante, habría un modo de solventar esa deficiencia que ha sido propuesto por un discípulo de Fishkin, Ethan Leib. Para facilitar que el conjunto de asistentes sea representativo de la sociedad, la única solución posible pasa por hacer obligatoria la participación en el evento. Pero no solo eso. Leib propone también que la encuesta deliberativa no sea meramente una consulta ciudadana sin ninguna relevancia pública. En su opinión, ese evento debería tener rango de “cuarto poder de gobierno”. En este sentido, propone que las leyes fundamentales aprobadas por el parlamento, para ser definitivamente aprobadas, debieran contar con el visto bueno de un conjunto de ciudadanos elegidos según los criterios señalados por Fishkin y que emitieran su dictamen a través de un proceso idéntico al de la encuesta deliberativa. La única diferencia con lo propuesto por Fishkin sería que en él la participación sería obligatoria como forma de garantizar su representatividad del conjunto de la ciudadanía.

Así también, el hecho de que la encuesta deliberativa pase a tomar un poder decisivo en los procesos de toma de decisiones y no sea meramente un instrumento para acercar a los ciudadanos a la política, arroja una ventaja clave respecto del proyecto de Fishkin. Si como este señalaba, los ciudadanos para participar políticamente deben sentir que su participación tiene una eficacia en la política, carece de sentido proponer una iniciativa en la que la decisión tomada por los ciudadanos al final del proceso no cuenta con ninguna influencia directa en la toma de decisiones, sino que a lo sumo sirve para poner al corriente a los políticos de las opiniones reflexivas de los ciudadanos. Al fin y a la postre, los políticos pueden ignorar por completo las recomendaciones hechas por la ciudadanía. Tal circunstancia generaría una gran frustración entre los participantes, pues estos pueden advertir que sus deliberaciones en la encuesta deliberativa no cuentan con una influencia real en el proceso político (Leib, 2004: 10). Esto podría, en consecuencia, producir sentimientos de desconfianza hacia la deliberación, lo que les llevaría a rechazar las iniciativas que pretenden fomentar la participación ciudadana a través de la deliberación (Leib, 2004: 83). Por ese motivo, según Leib, se hace necesario incorporar a las encuestas deliberativas dentro del proceso político como único modo posible de garantizar la eficacia política de sus participantes y también como única forma de garantizar que la democracia deliberativa pueda implantarse de una manera satisfactoria en la vida política.

Por último, el hecho de que las encuestas deliberativas queden fuera del marco institucional y político enfrenta al proyecto de Fishkin a una importante limitación: su influencia real sobre el proceso político. El mismo Fishkin reconoce que el evento de la encuesta deliberativa posee una influencia relativa en el proceso electoral (Fishkin, 2004: 55). Esto es algo que se pone de manifiesto en la encuesta celebrada en Dinamarca en agosto de 2002 sobre la adhesión al euro. Los estudios celebrados tras el evento pusieron de manifiesto que sus participantes votaron mayoritariamente sí al euro, mientras que los que no siguieron la encuesta deliberativa a través de los medios votaron en contra, guiados por consideraciones ideológicas. El escaso éxito se explica porque la encuesta se trató de un

acto concreto frente a la campaña de propaganda masiva de los contrarios al euro, que copó los medios a lo largo de las semanas que duró la campaña. A pesar de ello el acto no fue inútil. La retransmisión televisiva tuvo una influencia real en los ciudadanos porque de hecho permitió una reflexión del voto en un conjunto de ciudadanos.

Este hecho refuerza aún más la tesis defendida por Leib de que el proceso deliberativo y participativo de la ciudadanía, lejos de limitarse a ser un simple instrumento para incentivar la participación y el compromiso de los ciudadanos en la política y la sociedad civil, debe pasar a formar parte del aparato político. Esta es la única forma también en que la democracia deliberativa puede finalmente ser institucionalizada, logrando de este modo que se realicen los ideales de esta teoría de la democracia.

CONCLUSIONES

La democracia deliberativa surgió allá por los años ochenta con una clara vocación práctica de crítica y pugna con el modelo elitista de la democracia. Pero así como este encontraba un reflejo claro de algunas de sus tesis en el comportamiento político habitual de la ciudadanía, como muestran la apatía o la desconfianza hacia la política, la democracia deliberativa no alcanzaba a ver plasmados sus proyectos teóricos en la política habitual. Solo la evocación de procesos como los de Kerala en la India o de Porto Alegre en Brasil se presentaba como una vaga esperanza de una posible realización del proyecto deliberativo en la cultura que lo vio nacer, la occidental. Esta teoría de la democracia parecía así condenada a la desilusión, idea que se fue consolidando conforme la democracia deliberativa transitaba del paradigma participacionista inicial desarrollado por Barber hacia otros más liberales como el de Gutmsann y Thompson y que renunciaban a algunos de los postulados iniciales, como era el de la participación directa de los ciudadanos en la gestión de los asuntos públicos.

Precisamente por ello el proyecto de las encuestas deliberativas elaborado por Fishkin representa un gran avance en el marco de la teoría deliberativa de la democracia pues, como hemos mantenido en este trabajo, representa un modo de enlazar la perspectiva teórica con la dimensión práctica que permita atajar de una manera efectiva la crisis de la democracia. El proyecto de Fishkin es capaz de hacer compatibles los principios de igualdad política y deliberación, los cuales parecen irreconciliables en el modelo político actual basado en la agregación de votos secretos. La igualdad política es posible gracias al recurso al sorteo, que permite a todos los ciudadanos tener una igual oportunidad de participar en el evento, con independencia de sus circunstancias sociales o poder económico. Por lo que respecta a la deliberación, esta se produce en unas condiciones determinadas que permiten mantener la calidad epistémica del proceso. Es obvio que si todos los asistentes deliberasen conjuntamente en una sala, no sería posible escuchar los argumentos y posiciones de todos, ya que solo podrían intervenir unos cuantos ciudadanos. Por ello la redistribución de los participantes en los grupos pequeños es la que permite escuchar los planteamientos

de todos y que, por tanto, se consiga una máxima participación deliberativa. Así pues, el modelo propuesto por Fishkin muestra cómo puede ejecutarse la deliberación de una manera efectiva en el plano político. La expansión que ha tenido a un nivel mundial en menos de dos décadas da fe de ello.

No obstante, hemos de reconocer que las encuestas deliberativas presentan también serias limitaciones que sus desarrollos posteriores deberían tener en cuenta. Entre ellas sobresale su escasa influencia en el proceso de toma de decisiones entre las personas que no siguieron ni participaron en esta experiencia. Esta reducida influencia es debida a que las encuestas deliberativas son programadas para realizarse en los momentos previos a los referenda sobre ciertos asuntos con la intención de lograr una mayor proyección¹⁰. Pero de este modo sucede que las encuestas deliberativas tienen que competir con las campañas electorales que invaden durante esas mismas fechas el espacio público, financiadas por los grupos de interés partidarios de una u otra de las alternativas. Tales grupos están más interesados en realizar propaganda en el referenda que en apoyar la encuesta deliberativa, ya que saben perfectamente que un voto irreflexivo es más seguro que uno obtenido a través de la reflexión y la deliberación. Por ello las encuestas deliberativas quedan en buena medida eclipsadas por esas otras campañas.

Así pues, en nuestra opinión, el objetivo que debería fijarse el proyecto de Fishkin es en primer lugar obtener una mayor publicidad dentro de la sociedad civil para recabar la confianza de un mayor número de grupos más allá de aquellos comprometidos con el fomento de la deliberación pública. También serían necesarias ciertas transformaciones en la mecánica de su funcionamiento para incorporar la deliberación pública dentro del proceso de toma de decisiones, como señala Leib. Solo así podrá ser tomado en serio por el ámbito institucional y obtener un mayor protagonismo en la esfera pública.

Referencias

- Ackerman, Bruce y Fishkin, James. 2004. *Deliberation Day*. London: Yale University Press.
- Aristóteles. 2000. *Política*. Madrid: Gredos.
- Barber, Benjamin. 2004. *Democracia fuerte*. Córdoba: Almazara.
- Berelson, Robert. 1954. *Voting. A study of opinion formation in a presidential campaign*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bohman, James. 1996. *Public deliberation. Pluralism, complexity and democracy*. Massachusetts: The MIT Press.
- 1997. “Deliberation and democratic legitimacy”, en James Bohman y William Rehg (eds.), *Deliberative democracy. Essays on reason and politics*. Cambridge: The MIT Press, 67-92.

10. Es evidente que si las encuestas se celebrasen en un periodo muy anterior al evento, su influencia sería mucho más limitada entre los que no participaron en ellas.

- 1998. “Survey article: The coming of age of deliberative democracy”, *Journal of Political Philosophy*, 6: 400-425.
- Borsetti, Giancarlo y Maffettone, Sebastiano. 2004. *Democrazia deliberativa: cosa è*. Roma: Luiss University Press.
- Carpini, Deli y Ketter, Stephen. 1996. *What Americans know about politics and why it matters*. New York: Yale University Press.
- Christiano, Thomas. 1997. “The significance of public deliberation”, en James Bohman y William Rehg (eds.), *Deliberative democracy. Essays on reason and politics*. Cambridge: The MIT Press, 1997, pp. 243-278.
- Converse, Philip. 1970. “Attitudes and non-attitudes: continuation of a dialogue”, en Edward R. Tufte (ed.), *The quantitative analysis of social problems*. Reading (Mass.): Addison-Wesley, pp. 168-189.
- Crozier, Michel, Huntington, Samuel P. y Watanuki, Jojy. 1975. *The crisis of democracy: report on the governability of democracies to the trilateral commission*. New York: New York University Press.
- Downs, Anthony. 1973. *Teoría económica de la democracia*. Madrid: Aguilar.
- Fishkin, James. 1988. “The case for a national caucus: Taking democracy seriously”, *Atlantic*, 8: 6-8.
- 1995. *The voice of people*. London: Yale University Press.
- 1997. *Democracia y deliberación. Nuevas perspectivas para la reforma democrática*. Barcelona: Ariel.
- 2004. “Il sondaggio deliberativo, perché e come funziona”, en Giancarlo Borsetti y Sebastiano Maffettone, *Democrazia deliberativa: cosa è*. Roma: Luiss University Press, 25-76.
- 2009. *When the people speak: deliberative democracy and public consultation*. Oxford: Oxford University Press.
- Fishkin, James, Luskin, Robert C. y Jowel, Roger. 2000. “Deliberative polling and public consultation”, *Parliamentary Affairs*, 53: 657-666.
- Gronlund, Kimmo, Stala, Maija y Herne, Kaysa. 2010. “Deliberation and civic virtue: lessons from a citizen deliberation experiment”, *European Political Science Review*, 2: 95-117.
- Knight, Jack y Johnson, James. 2003. “What sort of equality Deliberative Democracy require?”, en James Bohman y William Rehg (eds.), *Deliberative democracy. Essays on reason and politics*. Cambridge: The MIT Press, pp. 279-320.
- Leib, Ethan J. 2004. *Deliberative democracy in America. A proposal for a popular branch of government*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Mannheimer, Renato. 2004. “La democrazia e i facilitatori”, en Giancarlo Borsetti y Sebastiano Maffettone, *Democrazia deliberativa: cosa è*. Roma: Luiss University Press, pp. 99-114.
- Mansbridge, Jane. *Beyond adversary democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Montesquieu, Charles de S. 1985. *El espíritu de las leyes*. Barcelona: Orbis.

- Nye, Joseph S. Jr., Zelikow, Philip D. y King, David (eds.). 1997. *Why people don't trust government*. Cambridge: Harvard University Press.
- Richardson, Henry. 2002. *Democratic autonomy. Public reasoning about the ends of policy*. Oxford: Oxford University Press.
- Rousseau, Jean Jacques. 2003. *El contrato social*. Madrid: Alianza.
- Schweigert, Francis J. 2010. "Strengthening citizenship through Deliberative Polling", en *Journal of Community Practice*, 18: 19-39.
- Sunstein, Cass R. 2002. "The law of Group polarization", en *Journal of Political Philosophy*, vol.10, n° 2, pp. 175-195.

Presentado para evaluación: 20 de febrero de 2012

Aceptado para publicación: 19 de octubre de 2012

PEDRO JESÚS PÉREZ ZAFRILLA. Universidad de Valencia

p.jesus.perez@uv.es

Profesor Ayudante Doctor en el Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la Universidad de Valencia. Ha desarrollado diversas estancias de investigación en las Universidades de Maryland (2006) y Oxford (2007 y 2008). Ha sido también Investigador Postdoctoral en el Uehiro Centre for Practical Ethics de la Universidad de Oxford (2010-2011). Sus líneas de investigación se enmarcan en la filosofía moral y política, las teorías de la democracia y la neuroética. En concreto, ha centrado su estudio en la democracia deliberativa, el pluralismo y el desacuerdo moral. Cuenta con diversas publicaciones tanto en revistas nacionales como internacionales, entre las que podemos citar, Pedro J. Pérez, Elsa González y José Félix Lozano, "Beyond the conflict: religion in the public sphere and deliberative democracy", en *Res Publica*, vol. 15, n° 3, 2009, pp. 251-267.